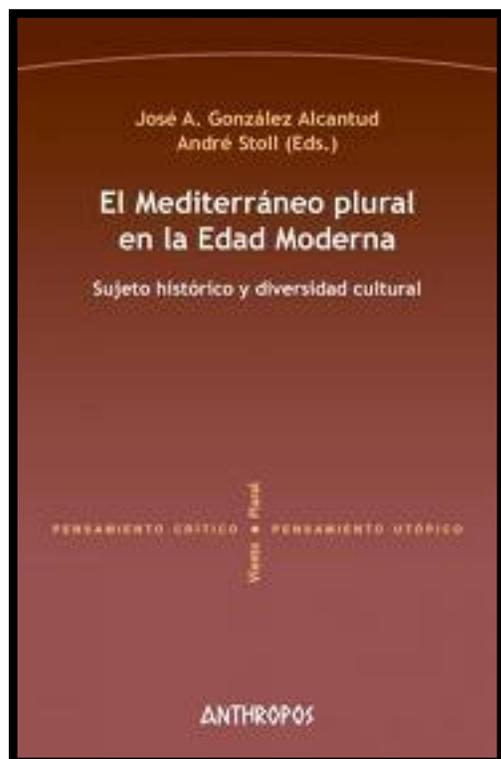


José A. González Alcantud & André Stoll, eds. *El Mediterráneo plural en la Edad Moderna. Sujeto histórico y diversidad cultural*. Barcelona: Anthropos, 2011. 254 pp. ISBN: 978-84-15260-00-4.

Reviewed by Antonio Cortijo Ocaña
University of California



Estamos ante una colección de ensayos de gran calado sobre un tema de gran actualidad como es el de la definición del espacio mediterráneo como lugar de encrucijada cultural, haciendo buenas las premisas de Fernand Braudel en su clásico *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Este espacio, geográfico, identitario, geopolítico y cultural, *Mare Nostrum* romano, se presenta en la obra como excusa para la reflexión sobre un período histórico (de fines de la Edad Media a mediados del siglo XVII) y una unidad geográfica y política (la Península Ibérica). En dicho período se dirime una lucha ideológica de afirmación de la identidad hispana (y europea), o de creación de la misma, y en él determinadas marcas *de carácter* o marcas *de esencia nacional* entran en el ideario histórico como factores incluyentes o excluyentes en la *construcción*

consciente de conceptos como *sujeto*, *nación* o *estado*. En él, en suma, se oponen lo *judío*, lo *morisco* y lo *oriental* a un *occidentalismo cristiano* que hoy en día, desde la atalaya del revisionismo histórico y tras décadas (forjadas de modo especial a partir del siglo XIX) de imposición de la idea a machamartillo, podrían asumirse como inamovibles. Se opone, en resumidas cuentas, un concepto de la pluralidad cultural (que no *multiculturalismo*) a uno de la homogeneidad en bloque, con anclajes varios en el pasado remoto, y se abren modos y maneras de pensamiento y de representación del sujeto (individual y colectivo) que todavía perduran.

Desde estas premisas González Alcantud y Stoll han coleccionado un grupo de ensayos que se aúpan por encima de las construcciones teóricas de Said y su escuela para mirar con especificidad al caso ibérico y que, como pide uno de los autores, Fernando Rodríguez Mediano, cuestionan los “límites de la representación [...] [que ignoran] a menudo las zonas oscuras, imprecisas y contradictorias que pueblan los límites de los procesos de etnicización” (173), haciendo bueno el magnífico estudio de

Trevor Dadson, *Los moriscos de Villarrubia de los Ojos (siglos XV-XVIII). Historia de una minoría asimilada, expulsada y reintegrada* (Iberoamericana: Vervuert, 2007; reseña de Antonio Cortijo Ocaña, *eHumanista* 9 (2007): 320-30):

Así, por ejemplo, los moriscos dejan de ser la ocasión sobre la que producir un discurso identitario hispánico para convertirse efectivamente en un grupo oprimido, cohesionado por la persecución, celoso de su identidad religiosa, resistente frente a la sociedad cristianovieja dominante. Definidos *a contrario*, parecería que los moriscos que no se adaptasen a esa definición fueran moriscos malos, casi traidores, deshechos de un proceso de construcción identitaria que en realidad es percibido como una “pérdida”. (173-74)

En el estudio introductorio, André Stoll hace un repaso concienzudo (“*Segregación, migración y recuperación de Oriente en la Europa mediterránea durante la primera modernidad. El caso de la España semítica*”) de la idea de una España semítica al preguntarse “¿quiénes eran [en la Europa de la primera modernidad] los prototípicos extranjeros, emigrantes, marginales?” (19): no otros, responde, que “los descendientes del *Oriente interior* de la península ibérica” (*id.*). Este *Oriente interior*, que manifiesta un paradigma de relaciones que incluyen dimensiones de rechazo, fascinación o usurpación, se gesta entre los comienzos de la década de 1480 y 1614, cuando el último de los moriscos abandona su tierra natal. Stoll comienza haciendo balance de la presencia musulmana en la Península, en movimiento que va del “mestizaje cultural” en al-Ándalus al mestizaje cultural “negado” con el paso de Hernando de Talavera a Cisneros y que conducirá a la fatídica Pragmática de 1566 de Felipe II. Pero Stoll se remonta más atrás en la historia y ve en los mitos de fundación de Europa y de Cartago (“o Fenicia renegada”) la entronización de un discurso ambivalente aunque hegemónico que acaba negando las relaciones de dependencia del Occidente con el Oriente Próximo y construye éste como un “poder del Mal, es decir, ‘oriental’” (41), y que acabará produciendo, como solución de compromiso, la occidentalización o europeización de la civilización del Oriente interior hispano. Esta misma ambigüedad se manifiesta en la etapa “posgranadina” hispana entre los escritores maurófilos y maurófobos, con los primeros empeñados en crear una ficción popular maurófila que empieza a florecer hacia 1560 y en que se dan la mano la intrincadas relaciones entre *El Abencerraje*, la *Historia verdadera del rey Don Rodrigo* [Miguel de Luna], la *Crónica de Lepolemo*, la *Crónica sarracina* de Pedro del Corral y las *Guerras civiles de Granada* [*Historia de los bandos de Zegríes y Abencerrajes, caballeros moros de Granada*] de Ginés Pérez de Hita. Este Oriente europeo frente al paradigma opuesto de un Oriente asiático sólo se irá haciendo más profundo a medida que avancen los siglos,

entre una civilización árabe con conexiones ‘europeas’ y aquella que, estando arraigada en el norte de África, se confunde cada vez más con la ‘barbarie oriental.’ (55)

Manuel Barrios Aguilera (“*La Negación Morisca: Los moriscos del reino de Granada o la convivencia negada*”) centra su análisis en las décadas que van de la solución de compromiso con respecto a los moriscos en 1492 a la solución negada de 1502 y sus consecuencias, repasando el devenir de Talavera a Cisneros y la creación de una auténtica frontera interior entre los moriscos con las llamadas *Nuevas Capitulaciones* y más aún con la Real Cédula de 7 de diciembre de 1526, analizando el devenir de la corriente denominada de *asimilación represiva* frente a la línea más tolerante de la evangelización pacífica. A su vez, estudia en este contexto las figuras de Martín Pérez de Ayala y la distancia que lo separa de Juan de Ribera, o las de los jeuitas Pedro Guerrero y Juan de Albotodo. De su repaso queda manifiesto,

como primera y principal lección, que el reino de Granada, entre 1492 y 1570 fue ante todo un solar vivencial problemático, que partiendo de una convivencia difícil llegó a una coexistencia imposible. (79)

Se pregunta el autor al final de su ensayo por las marcas de la presencia de la *realidad civilizatoria* de la larga presencia islámica, afirmando la misma en el terreno del *mestizaje cultural* (“usos y técnicas agrarios, toponimia, habla, hábitos alimentarios, familia, casa, artesanías, diversiones, celebraciones, devociones...son espacios vitales que se forjan esencialmente en la cohabitación de la época mudéjar-morisca, es decir, en el tiempo que va *grosso modo* de 1492 a 1570,” 81) y negándola en el espiritual tras el fin del arzobispado de Pedro Guerrero (1546-76), que “acabó abandonándose a la corriente dominante de rechazo a lo musulmán.”

José Antonio González Alcantud insiste en las notas de la pluralidad interior negada o rechazada (“*Lo que va de Luis del Mármol Carvajal a Pedro Soto de Rojas, o la clausura de la pluralidad en una ciudad mediterránea de la Edad Moderna*”) al analizar las figuras y obras de Luis del Mármol Carvajal (*Descripción general del África*, 1573, 1599; *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del reyno de Granada*, 1600) y Pedro Soto de Rojas (*Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos*), encerrado en un carmen-jardín del Albaicín, que había pertenecido a los moriscos desterrados y expulsados poco tiempo antes. El fin de la pluralidad que estos autores manifiestan en su evolución de uno a otro representa tres notas centrales para el estudioso. Mármol “representa perfectamente, con sus ambigüedades, el espíritu de la superioridad de la *ecumene* católica, si bien con un sentido de la justicia que incluía la alteridad en su interior;” pero esta postura fue “arrinconada por la presencia al alza del ensimismamiento, el encierro castizo, cuyas únicas salidas culturales fueron afirmativas, autoritarias y pleiteísticas” (107). Ejemplo sumo de ello es la figura del “gongorino” Pedro Soto de Rojas, “que se encierra a toda

reflexión sobre la alteridad, y no toma otra salida que un egotismo sedentarizado” (*id.*).

Un segundo apartado de la colección de ensayos se abre a la alteridad representada por el mundo otomano, dejando así las constricciones de la geografía ibérica y explorando el eje Este-Oeste. Miguel Ángel de Bunes Ibarra (“*La llegada de los turcos al Mediterráneo*”) establece la conexión entre ambos objetos de estudio al afirmar que “los turcos mantienen viva la tensión entre las dos religiones monoteístas del Mediterráneo, lo que tendrá una consecuencia directa en la propia existencia de la minoría morisca en la península ibérica, (117). Los autores cristianos deben, en primer lugar, incluir a estos *nuevos* individuos *orientales* en los parámetros de la historia, asumiendo de paso que estas tierras, tras el arribo otomano, han desaparecido definitivamente de la esfera de la cultura occidental. En la construcción de este sujeto histórico una de las constantes del pensamiento europeo es la de la “identificación de los turcos con el mal y la violencia” (119), que tiene su contrapartida en el reduccionismo histórico que se produce igualmente desde la otra vertiente, y que engloba al mundo cristiano europeo bajo los términos de “francos” e “infieles.” Se va produciendo así un paulatino incremento de la diferencia entre lo imaginado y lo conocido (véase si no el cariz tan diferente de la visión del primer cronista español que entra en contacto con los grupos turcos de Anatolia, Pero Tafur y sus *Andanzas e viajes de un hidalgo español*), lo que todavía –según el estudioso– se puede percibir “en la actualidad sobre los problemas de la ampliación de la Unión Europea” (120):

Los otomanos en el siglo XVI y XVII son descritos como la segunda invasión de los musulmanes sobre Europa, igual de destructiva y aniquiladora. (122)

Curiosamente, si entre las clases populares los turcos protagonistas de obras de diverso cuño en el mundo cristiano se presentan como antítesis de la sociedad cristiana del momento,

en las esferas del poder se deja a un lado toda la parafernalia justificativa de la guerra y del carácter religioso del monarca para referirse a ellos como unos gobernantes más de este espacio geográfico. (128)

La imagen *turca*, no obstante, quedaba ya constituida como *inalterable* a fines del siglo XVI en el mundo europeo, habiéndose modificado en casi nada hasta la actualidad. Pero el estudioso insiste en que esta visión homogénea no hace sino tergiversar un sujeto histórico que por esencia debe verse como más dúctil y complejo, pues aunque la historiografía dominante presenta la historia del XVI como un enfrentamiento entre dos bloques diferentes, dicha visión hace caso omiso de la generación a ambos extremos del Mediterráneo de puntos de encuentro o de mixtura “en los que se rompían muchas de las limitaciones que tenían ambas sociedades”

(131). La imagen imperante, no obstante, ha seguido siendo una que amalgama ideas sobre los pueblos orientales que incluyen nociones como el despotismo, la sensualidad y su tendencia al lujo, “a las que se añaden la mayor parte de los prejuicios conformados durante siglos sobre los musulmanes” (129).

Precisamente a la aplicación de estas premisas generales dedica su contribución Encarnación Sánchez García (“*El mundo femenino turco en la literatura castellana del siglo XVI*”). Partiendo de la idea de que la percepción del Oriente islámico cambia radicalmente en el mundo hispano a partir de la toma de poder de los Reyes Católicos, la autora señala que la percepción de los otomanos en el XVI fue variada “según los grupos de poder y según los intereses de los distintos estamentos pero también según la percepción que esos grupos tenían sobre el rol de España en aquel choque” (134). Por la *cristiandad* europea se difunden noticias sobre ese *nuevo mundo* por infinidad de historias, novelitas y tratados publicados en Alemania e Italia principalmente, pero casi contemporáneamente por España y Francia (Pero Mexía, *Viaje de Turquía*, Díaz Tanco de Frexenal [*Palinodia de los turcos*], etc.). Pero si Mexía en su *Silva* parece construir su visión del turco como tirano resucitando la idea de cruzada, el *Viaje de Turquía* parece rechazar este paradigma, pues “son más bien razones estratégicas y políticas las que obligan a mantener abierto el contencioso” (136), ofreciendo una panorámica sobre la Turquía de Solimán el Magnífico que “pone el acento en la indagación de la identidad del adversario como premisa indispensable para la exacta comprensión de su potencia” (137), y que da como resultado una descripción de su organización política y social y de sus modos de vida y costumbres. En el resto de su contribución la autora explora con profundidad la representación de las *mujeres turcas* en el diálogo hispano, y en particular las de Roxolana (Hürrem), la “roja”, y su hija, Mihrimâh. Para la autora, en conclusión, la “admiración escandalizada da un aura de uniformidad a las variadas informaciones, a los heterogéneos comentarios sobre las personalidades y los modos de vida femeninos de aquel mundo adversario, potentísimo y amenazador” (162).

Fernando Rodríguez Mediano (“*El arabismo y los límites de la representación. Sobre la erudición orientalista española en época moderna*”) propone hacer enfocar la mirada del investigador sobre zonas en penumbra o intermedias “donde las identidades flaquean” (174). Así, rastrea el perfil de un grupo poco conocido de historiadores (dentro del clima de abandono o despreocupación por los estudios de *lenguas orientales* en la España del XVI y XVII) con interés orientalista, “dentro del cual citaré los nombres de Martín Vázquez Siruela, José Pellicer, Tomás de León o, muy especialmente, el marqués de Mondéjar” (182), preocupados por usar fuentes árabes para escribir la historia nacional.

François Pouillon (“*León el Africano, hombre de muchos rostros*”) acomete en su trabajo el rastreo de una de las personalidades más enigmáticas del siglo XVI, León el Africano, ya sea a propósito de su *Descrittione dell’Africa* (Venecia, 1550), obra que suplanta por primera vez la geografía grecorromana sobre la región; ya sea a propósito de la identidad del autor, enmarcada entre las catástrofes culturales de la caída de

Granada de 1492 y el saqueo de Roma de 1527. Obra y autor, en suma, que se constituyen en reflejo de la “relación entre las civilizaciones” y que aparecen destinados “a encarnar las ilusiones o a recordar que una transmisión nunca es transparente” (204).

Cierra el número de contribuciones la de Moisés Martín Gómez (“*Europa septentrional en la literatura italiana del siglo XVI: Torquato Tasso y Orazio Ariosti*”), que orienta su estudio a una línea de entrecruce cultural norte-sur europeo a propósito del “Septentrión descubierto por Italia” con motivo de las obra de Olaf Magno (Olaf Mansson), *Carta marina* (1539) y *Historia de gentibus septentrionalibus* (1555) y su hermano Johannes Magno (*Historia de omnibus Gothorum Sueonumque regibus*, 1554). Los Magno (participantes de una ideología nacionalista, católicos, defensores de la independencia de Suecia [de Dinamarca] y opuestos al reinado de Gustavo Vasa por haber introducido el protestantismo) abren, desde su sede italiana, el mundo del Norte de Europa al imaginario colectivo europeo. El autor del estudio rastrea cómo la obra de los Magno quiere ofrecer una imagen positiva de dicho Norte (Escandinavia en particular) e intenta presentarlo “formando parte legítima de la ‘civilización occidental’ ante los ojos del receptor mediterráneo, pero manteniendo su condición de alteridad” (212), haciendo superar al lector italiano de las obras las connotaciones negativas que el término *godo* podría traer aparejadas como equivalente de *bárbaro* o destructor de la *Romanitas*. Asimismo, el autor rastrea el uso que Tasso y Orazio Ariosti harán de esta geografía *nórdica* en sus obras épicas, *Il Re Torrismondo* y *L’Alfeo*.

El estudio (o coda) final de González Alcantud (“*Epílogo de actualidad: exilios modernos que son contemporáneos*”) tiene que ver con el rechazo en 2009 (institucional, ideológico, político) de una proposición no de ley para pedir disculpas públicas por el *error* de la expulsión morisca decretada por Felipe III, enmarcada en el contexto del restablecimiento de una “normalidad histórica.” Dicha *normalidad* se presenta como problemática, haciendo del sujeto histórico un campo fértil para cuestionamientos de gran validez en el presente. Y dicha *coda* no es sino acicate para reflexionar sobre cuestiones de *apertura* hacia visiones no-homogéneas de la identidad.

El lector de este volumen encontrará un grupo excelente de estudios con mucha calidad, así como datos y análisis de gran validez sobre obras *olvidadas* en su mayor parte que refieren en general a un período crucial para la constitución de la identidad nacional: el inicio de la Época Moderna. Entreverados leerá comentarios que confluyen todos hacia una dirección clara y manifiesta: el buceo de la historia permite solo leerla como una *construcción*, erigida desde presupuestos ideológicos, que nos es necesario desmembrar y deconstruir. A la oposición Norte-Sur (todavía de gran validez en la Europa actual), que se acabará dirimiendo como una oposición *religiosa* (católica-protestante), se suma la del eje Este-Oeste, igualmente construida en términos religiosos y aún más como choque de culturas o civilizaciones. Y esos dos ejes (económicos, religiosos, políticos, culturales) ejercen una presión particular sobre

una región de *ecumene*, de *frontera* y de *trasvases fluidos* que llamamos Mediterráneo. Sobre esa geografía mediterránea se proyecta la indeterminación de un flujo y reflujo como el de las olas del *Mare Nostrum*, un lugar (interior y exterior) de encrucijada, que tiene a la Península Ibérica (entre otros) como territorio dotado de condiciones históricas inmejorables para estudiar en su evolución histórica las ambigüedades del contacto entre pueblos, culturas, civilizaciones, un lugar irremediamente abocado (pareciera) a vivir en *pluralidad*. En espacio de poco más de cien años se pasa de un 1492 fatídico pero aún con dosis de pluralismo a un 1609 [1614] decididamente homogéneo y a la expulsión de gentes acompañará necesariamente una *expulsión de ideas* o conceptualizaciones del pasado y del presente. Dicha *expulsión* viene, asimismo de la mano de una construcción afirmativa de identidad que, como constructo ideológico, busca una seguridad y firmeza monocromas en su fragua de la identidad hispana, aunque el rastreo histórico, machaconamente, insiste en presentarnos los hechos como algo más *polícromo*, más *plural*, menos *firme* y *seguro*, quizá como esas olas inasibles que llevan las embarcaciones que en su trasiego de gentes y cosas han ido conformando el único Mediterráneo histórico veraz: uno en constante proceso de tráfico, cruce, mezcla y movimiento. Pero a la postre este libro trata del proceso de forja de identidad(es), y el lector puede caer fácilmente en el error de solo extraer del mismo lo que refuerza sus propias asunciones al respecto, sin tomar el camino más complejo de bucear por entre los escollos de que Glez. Alcantud, Stoll et al. han querido poblar *su* propio mar Mediterráneo. Que es también el mío, por cierto.